

LA HUMILDE TIERRA SORIANA EN ANTONIO MACHADO

2.ª PARTE: ITINERARIO POR LA POESÍA SORIANA DE ANTONIO MACHADO

Miguel Angel García López

Releyendo unos viejos artículos, y entre otros el de Oreste Macrí, que publicó en la revista “Cuadernos para el Diálogo” número extra XLIX de noviembre de 1975, me pareció curioso su título: “La épica humana de Campos de Castilla”, sobre todo lo de “épica” y lo de “humana”.

No sé exactamente muy bien por qué siempre que sale a relucir la palabra épica, aunque todos sabemos que es narrar, la asociamos a bélico, a guerrero, a heroico y esto es lo que le ha ocurrido a Soria: “mística y guerrera”. Frente a un pasado glorioso y mítico de la legendaria Numancia y de sus Doce Linajes Troncales, hasta la “francesada” del siglo anterior, grandeza y miseria, se han repartido desigualmente.

Cuando llega Machado a Soria, la ciudad no tendría mucho más de siete mil habitantes y el ferrocarril Torralba-Soria se había inaugurado quince años antes, según nos recuerda en su artículo Heliodoro Carpintero¹, que a su vez lo toma del *Anuario-Guía de Soria y su provincia*, año I, 1909. Soria era una tierra humilde que quería renacer y progresar del abandono en que había caído. No era tarea fácil. Aunque los cronistas de la época se esfuerzan en referir el progreso de la ciudad hablando del Casino de Numancia, de las obras del ensanche, de los cafés y de sus tertulias, de la prensa, de los comentarios de la “vista” en la Audiencia² y de las confiterías. Antonio Machado no se fija casi nada en ello, lo único que le inspira su poesía es esencialmente la tierra de Soria: sus paisajes, sus costumbres y sus gentes:

¡Oh sí! Conmigo vais, campos de Soria, /.../
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estábais en el fondo de ella?
¡Gentes del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

“Campos de Soria” (CXIII, IX)³

Es la tierra, el campo soriano lo que le atrae; no la ciudad de la que llega a decir:

¡Muerta ciudad de señores,
soldados o cazadores;
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos
de galgos flacos y agudos.

“Campos de Soria” (CXIII, VI)

ni su vida provinciana. Le atrae lo antiheroico, lo sencillo, lo humilde. Lo que es humilde y sencillo como él.

La otra palabra que me llamaba la atención del título de O. Macrí: “épica *humana*”. Ciertamente todo ello lo pasa por el filtro de su humanismo casi franciscano de amor a las cosas más sencillas y humildes.

Con Machado vamos a caminar por estas tierras, pues como afirma el profesor Emilio Orozco⁴: “...la visión del paisaje que recoge Machado es siempre la visión del que va caminando /.../ Todo ello visto en una contemplación repetida, insistente, como algo que arranca de la visión cotidiana del que pasa y vuelve a pasar, del que llega a ver las cosas incorporadas a su vivir y no como algo ocasional”.

Para emprender este camino, nada mejor que hacerlo desde el interior de Soria, bien es verdad que no son abundantes las referencias a la ciudad, el poema “El hospicio” (C) nos sirve para detectar el abandono reinante, casi de miseria y de pobreza de la capital y de sus convecinos, así nos dice:

Es el hospicio, el *viejo* hospicio provinciano,
el *caserón* ruinoso de *ennegrecidas* tejas /.../
Sórdido edificio
de *grietados* muros y *sucios* paredones
es un rincón de *sombra eterna*.

Más desangelado no puede ser el edificio, con todo, le sirve de atalaya para ver lo que hay más allá de la ciudad en esos tristes días del mes de enero iluminados por algunos rayos de sol:

Mientras el sol de enero su débil luz envía
su *triste luz* velada sobre los *campos yertos*/.../
a un ventanero asoman al *declinar el día* /.../
a contemplar los montes azules de la sierra
o, de los cielos blancos, como sobre una fosa,
caer la blanca nieve sobre la *fría tierra*
¡sobre la *tierra fría* la nieve silenciosa...!

Aunque aquí destaca la caída de la nieve, los campos yertos y sin vida, y la frialdad de la tierra, hasta el punto que lo recalca en los dos últimos versos. Es igualmente significativo que tal visión se produce al atardecer o “declinar del día” —en sus propias palabras—, uno de los momentos melancólicos más deseado siempre por el poeta ya desde su primer libro, teñido de crepuscular modernismo.

Sin embargo, no todo en *Campos de Castilla* tiene esa melancolía, esa amargura y ese desasosiego, pues en otros poemas deja un resquicio a la esperanza y retrocediendo en las estaciones, desde el frío e invernal enero al otoño, en el poema titulado “Un loco” (CVI) igualmente situado en la tarde leemos:

Es una *tarde mustia* y desabrida
de un *otoño sin frutos*, en la *tierra*
estéril y raída
donde la sombra de un centauro yerra.
Por un camino en la *árida llanura*,
entre *álamos marchitos*, /.../
Lejos se ven *sombríos estepares*,
colinas con malezas y cambrones,
y *ruinas* de viejos encinares,
coronado de agrios serrijones. /.../
Tras la tierra *esquelética* y sequiza
—rojo de herrumbre y pardo de ceniza—
hay un *sueño de lirio en lontananza*.

Desde la misma tarde a la que califica de “mustia” y “desabrida” está en consonancia con una “tierra estéril y raída”, con la “árida llanura”, los “álamos marchitos”, los “sombríos estepares”, las “colinas con malezas”, las “ruinas de los viejos encinares”, “coronando los agrios serrijones”; es este un paisaje aterrador en el que la nota negativa la ponen los adjetivos: estéril, raída, marchitos, sombríos y agrios. Visto así, la humildad se ha convertido en auténtica pobreza, pero no es de extrañar, pues la naturaleza muere para luego resucitar en la primavera, cosa que leemos en los últimos versos del mismo poema: “Tierra esquelética” y “ceniza”, es decir, muerta. Tras ella, con una espléndida metáfora se vislumbra la esperanza: “Un sueño de lirio”, que primero será nieve y si hacemos caso al refrán: “Año de nieves, año de bienes”, luego se convertirá en agua, que vivificará esa tierra en primavera. Son varios los poemas en donde se habla del campo soriano al comenzar la primavera desde la primera parte de “Campos de Soria” (CXII):

Es la *tierra de Soria árida* y fría.
Por las *colinas* y las *sierras calvas*,
verdes pradillos, *cerros cenicientos*,
la *primavera pasa*
dejando entre las *hierbas olorosas*
unas *diminutas margaritas blancas*.
La *tierra no revive*, el *campo sueña*.
Al *empezar abril* está *nevada*
la *espalda del Moncayo*; /.../

Hasta esos versos iniciales de “Orillas del Duero” (CII):

¡*Primavera soriana, Primavera*
humilde, como el *sueño de un bendito*, /.../

En donde la primavera adquiere el valor de un ser humano, primero como algo cíclico y luego como algo densamente humano: humilde y beatífico.

El agua es la vida y la fuente de ingresos en una sociedad agrícola y ganadera como la soriana, Antonio Machado lo sabe y por eso se pone en su lugar:

Ya sus hermosos nidos habitan las *cigüeñas*
y escriben en las torres sus blancos garabatos
como esmeraldas lucen los *musgos* de las peñas.
Entre los robles muerden
los *negros toros* la *menuda hierba*,
y el pastor que apacienta los *merinos*
su *pardo sayo* en la montaña *deja*.

“Pascua de Resurrección” (CXII)

Mediante signos naturales nos habla de la llegada de la primavera: “Las cigüeñas” en sus nidos, los “musgos” lucen “como esmeraldas”, la “menuda hierba” recién nacida que mordisquean los toros y los merinos, el “pastor que deja su pardo sayo” porque ya no hace tanto frío.

Si aquí hay referencia a la ganadería; en este otro, a la agricultura con estos cuatro hermosos versos:

Lloviendo está en los habares
y en las pardas sementeras;
hay sol en los encinares,
charcos por las carreteras.

“En abril, las aguas mil” (CV)

En donde, como un labriego más ve con buenos ojos esa lluvia que cae sobre los florecientes habares y el sol que hará crecer las plantas, indicios de buena cosecha.

Junto a la lluvia, los ríos o por mejor decir el Río, el río Duero, por donde no sólo Castilla corre hacia la mar, sino que a su paso produce fertilidad en las resacas tierras, como otros ríos que surcan la estepa soriana, y presentan esos espléndidos valles: remanso de sosiego, hermosura y verdor en estas tierras áridas, agrestes y yermas, así lo vemos en “Orillas del Duero” (CII):

El aire ensombrecido
oreaba mis sienes, y acercaba
el murmullo del agua hasta mi oído.
Entre cerros de plomo y de ceniza
manchados de roídos encinares,
y entre calvas roquedas de caliza,
iba a embestir los ocho tajamares
del puente el padre río
que surca de Castilla el yermo frío.
Oh Duero, tu agua corre
y correrá mientras las nieves blancas
de enero el sol de mayo
haga fluir por hoces y barrancas, /.../

Los árboles y los bosques son otro rasgo de este paisaje soriano que de hacer un uso racional podría dar algún beneficio a las gentes que allí viven. Por eso se queja Antonio Machado:

Mientras que llenándoos va
el hacha de calvijares
¿nadie cantaros sabrá
encinares?

De todos los árboles se acuerda Machado: hayas, chopos, olivos, robles, pinos y, sobre todo, de las encinas, a quienes dedica el poema CIII, erigiéndolas en símbolo permanente de la tierra y de las gentes sorianas en su capacidad de sufrimiento y de aguante, de su dureza y sobriedad, de su majestuosidad y de su humildad, de su bondad y de su sencillez:

El campo mismo se hizo
árbol en ti, parda encina.
Ya bajo el sol que calcina,
ya contra el hielo invernizo,
el bochorno y la borrasca,
el agosto y el enero,
los copos de la nevasca,
los hilos del aguacero,
siempre firme, siempre igual,
impasible, casta y buena, /.../
mas sois el campo y el lar
y la sombra tutelar
de los buenos aldeanos
que visten parda estameña,
y que cortan vuestra leña
con sus manos.

Y junto a la encina, los álamos, los olmos y los chopos de las riberas, donde el caminante encuentra refugio en el paseo y descanso para la vista en una tarde otoñal cualquiera:

He vuelto a ver los álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas, /.../
Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla.

“Campos de Soria” (CXIII, parte VIII)

Elementos imprescindibles en este cuadro son los montes pelados y las tierras sin cultivar, que para el poeta poseen su encanto, especialmente en los atardeceres

en que se unen en una misma contemplación el “santo”, eremita y místico, y el “poeta” que aman la humildad de tal tierra, apta sólo para águilas y buitres:

...una tarde dorada está dormida.
Montañas de violeta
y grisientos breñales,⁵
la tierra que ama el santo y el poeta,
los buitres y las águilas caudales.

“Fantasía iconográfica” (CVII)

O esta otra tarjeta postal poética de Soria y su contorno, en una conocida descripción impresionista recogida en la séptima parte de “Campos de Soria” (CXIII):

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río.

Descendiendo de las colinas plateadas y entre ariscos pedregales, esta tierra que parece idónea sólo para buitres y águilas, también ofrece humildes praderas, con lo que se hace posible la existencia de una de las fuentes tradicionales de recursos sorianos: la ganadería. Ganadería no estabulada, sino expansiva y transhumante, pues cuando el calor o el frío aprietan han de buscar otros lugares para apacentar a sus merinos y a sus toros. No puede, por tanto, faltar en esta visión del paisaje esa breve referencia a la tierra agreste salpicada de alguna “humilde pradera” donde “pacen negros toros”, que sin ser productiva permite la existencia de la ganadería, como recuerda en el poema “Amanecer de otoño” (CIX):

Una larga carretera
entre *grises peñascales*,
y alguna *humilde pradera*
donde pacen *negros toros*, zarzas, malezas, jarales.

Y, por último, las tierras labrantías donde los humildes labriegos sorianos encuentran a trancas y barrancas el cotidiano vivir, que de ser abundante la cosecha dará alegría, y de ser escasa dará hambre, pero que mientras la alegre primavera ofrece aún intacta la esperanza, estas tierras tienen un no sé qué de “infantil Arcadia”, Para cada uno de ellos toda su posesión se reduce a unas pocas fincas de secano y regadío, un pequeño huertecillo, unas pocas colmenas y los prados para el ganado, así lo leemos en la segunda parte de “Campos de Soria” (CXIII):

Las tierras labrantías,
como retazos de estameñas pardas,
el huertecillo, el abejar, los trozos

de verde oscuro en que el merino pasta,
entre plumizos peñascales, siembran
el sueño alegre de infantil Arcadía.

Esta sociedad soriana que nos presenta Antonio Machado es rural y agraria, y ya se sabe que en todo está supeditada a un destino azaroso, que el poeta simboliza en una deidad: “El dios íbero”, al que clama en esas imprecaciones y apóstrofes del poema CI:

¡Señor, señor: en la *voltaria rueda*
del año he visto mi *simiente* echada,
corriendo igual abur que *la moneda*
del jugador en el *azar sembrada!* /.../

o en esta, donde reconoce y teme su poder:

¡Señor, por quien arranco el pan con pena,
sé tu poder, conozco mi cadena!
¡Oh dueño de la nube del estío
que la campiña arrasa,
del seco otoño, del helar tardío,
y del bochorno que la mies abrasa!

o en estos versos, en que ve su parcialidad para con ricos y con pobres:

... que al *rico* das favores y pereza
y al *pobre* su fatiga y su esperanza!

A esos pobres son a los que se refiere en aquella parte cuarta de “Campos de Soria”, donde llegado el tiempo de la siembra, para el otoño. Un hombre y una mujer: un matrimonio, porque no hay otras manos que las suyas, realizan esa tarea:

Dos lentos bueyes aran
en un alcor, cuando el otoño empieza
y entre las negras testas doblegadas
bajo el pesado yugo,
pende un cesto de juncos y retama,
que es la cuna de un niño;
un hombre que se inclina hacia la tierra,
y una mujer que en las abiertas zanjas
arroja la semilla. /.../

Pobreza, que también se trasluce en esos hogares, que como en el caso del mesón, para el invierno, por todo confort hay: “Leña que humea” y “una olla que borbollonea”:

La nieve. En el mesón al campo abierto
se ve el hogar donde la leña humea
y la olla al hervir borbollonea.

“Campos de Soria” (CXIII, parte V)

Llegados a este punto no sólo hay que mirar al paisaje o a la tierra, sino también al hombre que los habita. El poeta, que tan íntimamente siente a Soria, le enerva que el atraso moral y material, y la pobreza sean la causa de los dos grandes males que aquejan a sus gentes: la envidia y el cainismo. Pues los que poseen mucho quieren tener más, y los que poseen poco desean lo ajeno, aunque sea del propio hermano, como ocurre en la “Tierra de Alvargonzález” (CXIV, parte III, 3):

Muda sangre de Caín
tiene la gente labriega
y en el hogar campesino
armó la envidia pelea. /.../

Y el otro asunto, no moral, sino social que atenaza a estas gentes, carentes de lo más elemental y del que se hace eco Machado es la emigración. Es una de las dos actitudes que adoptan los desheredados: el conformismo quietista o la valentía de viajar a otros lugares con la ilusión de mejorar en su situación y poder vivir, estas dos actitudes aparecen en el romance de “La Tierra de Alvargonzález”, cuando los dos hijos mayores se quedan y el menor decide irse de la casa paterna; tal vez no por necesidad, sino más bien por aventura, para volver muy al contrario de lo que le sucediera al hijo “pródigo”, esto es, cargado de riquezas, que suscitará la envidia de sus hermanos y precipitará el trágico desenlace final:

(El menor) ... fue más allá de los mares
y hoy torna indiano opulento.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, el viajero, IV)

He dejado para el final “La Tierra de Alvargonzález”, porque viene a ser un compendio de todo lo que hemos expuesto hasta aquí sobre la tierra soriana y sus gentes, desde visiones generales, como éstas:

¡Oh, tierra de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras *pobres*, tierras *tristes*,
tan tristes que tienen alma!
Páramo que cruza el lobo
aullando a la luna clara
de bosque a bosque, *baldíos*
llenos de piedras rodadas,
donde roída de buitres
brilla una osamenta blanca;
pobres campos solitarios
sin caminos ni posadas.

¡Oh pobres campos malditos
pobres campos de mi patria!

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, la casa: II)

Cardos, lampazos y abrojos,
avena loca y cizaña
llenar la tierra maldita
tenaz a pico y a escarda.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, la tierra: II)

Hasta los itinerarios de Soria tan cuidadosamente pateados por Machado, de los que conoce sus más recónditos rincones. Si en los poemas que comentamos en páginas atrás hay alguna referencia topográfica concreta, es muy rara; sin embargo, en este romance las referencias con sus topónimos correspondientes son numerosas. Sirva de ejemplo el camino que siguen los hermanos, cuando van a buscar el ganado:

...de Salduero a Covalada
cabalgan en pardas mulas,
bajo el pinar de Vinuesa.
Van en busca del ganado
con que volver a su aldea...

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, Otros días: III)

Desde Salduero el camino
va al hilo de la ribera;
a ambos márgenes del río
el pinar crece y se eleva... /.../
Cuanto hacia Urbión alarguemos
se puede acortar de vuelta,
tomando por el atajo,
hacia la Laguna Negra
y bajando por el puerto
de Santa Inés a Vinuesa.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, Otros días: V)

Los pinares, el huerto y el ganado por sí solos no dan de comer, se necesitan manos que talen, cavén y ordeñen, por eso en una sociedad primitiva, agrícola y ganadera el nacimiento de los hijos se recibe con alborozo y esperanza. Así lo recoge el poeta al comienzo de “La tierra de Alvargonzález”, donde a los hijos se los destina a la hacienda para acrecentar el bienestar y la riqueza con su trabajo, o a la Iglesia bien como contribución espiritual, bien para proporcionarles una salida cuando el campo y la huerta no dan para más:

Nacióronle tres *varones*,
que en el campo son *riqueza*
y ya crecidos, los puso,

uno a cultivar la huerta,
otro a cuidar los merinos,
y dio el menor a la Iglesia.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, I, 2.^a)

Sin embargo, el trágico fin de Alvargonzález asesinado por sus dos hijos, llevados de la codicia y de la envidia, hace prometer una riqueza que al principio dará sus frutos; pero con el tiempo debido, tal vez, a la maldición que sobre ellos pesa, les acarreará miseria y pobreza. Estos breves apuntes así lo recogen, primero la riqueza:

Los hijos de Alvargonzález
ya tienen *majada* y *huerta*,
campos de trigo y *centeno*
y *prados de fina hierba*;
en el olmo viejo, hendido
por el rayo, *la colmena*,
dos yuntas para el arado,
un mastín y *mil ovejas*.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, Aquella tarde, VI)

y luego, la pobreza de los campos:

Así a un año de abundancia
siguió un año de pobreza.
En los sembrados crecieron
las amapolas sangrientas;
pudrió el tizón las espigas
de trigales y avenas;
hielos tardíos mataron
en flor la fruta en la huerta,
y una mala hechicería
hizo enfermar las ovejas.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, El castigo, I y II)

y de la casa:

Un *fuego casi extinguido*, /.../
y en las *ascuas mortecinas*
del hogar los ojos fijos.
No tienen leña ni sueño.

“La tierra de alvargonzález” (CXIV, El castigo, III)

Utiliza aquí la misma imagen que antes, la misma impresión, que seguramente él vio en repetidas ocasiones y que es la visión del desamparo y de la pobreza:

Al arrimo del rescoldo
del hogar borbollonean
dos pucherillos de barro
que a dos familias sustentan.

“La tierra de Alvargonzález” (CXIV, La casa, I)

Ya para terminar, nada mejor que esa despedida y reconciliación que hace en la última parte de “Campos de Soria” (CXIII, 9):

¡Oh, sí! Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estábais en el fondo de ella?
¡Gente del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

O esta otra, de aquel poema que dedica al maestro Azorín por la publicación de su libro *Castilla* y que Antonio Machado escribe desde el recuerdo entrañable, donde quiere hablar de toda Castilla, pero inevitablemente le sale Soria, la tierra soriana:

¡Castilla de los páramos sombríos,
Castilla de los negros encinares!
Labriegos transmarinos y pastores
trashumantes —arados y merinos—,
labriegos con talante de señores,
pastores del color de los caminos.
Castilla de grasientos peñascales,
pelados serrijones,
barbechos y trigales
malezas y cambrones.
Castilla azafranada y polvorienta,
sin monte de arreboles purpurinos,
Castilla visionaria y soñolienta
de llanuras, viñedos y molinos.

“Desde mi rincón” (CXLIII)

Esta es la humilde tierra de Soria, “tierras pobres, tierras tristes, tan tristes que tienen alma”.

NOTAS

1. Heliodoro CARPINTERO: "Soria, en la vida y la obra de Machado"; en *Rev. Escorial*, T. XII, Madrid, julio de 1943, p. 111 y ss.
2. Recordemos la referencia a la Audiencia en el poema "Campos de Soria" (CXIII, VI): "La campana de la Audiencia..." y en el poema "Un criminal" (CVIII).
3. Cito los poemas, siguiendo *Poesías Completas*; Madrid: Espasa-Calpe (Colección Austral núm. 149), 1971.
4. Emilio OROZCO DIAZ: *Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*; Madrid: Eds. del Centro, 1974, pp. 209 y 217.
5. Breñal: Tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza.